

Kafka y la construcción de la masculinidad, desde el argumento de Elisabeth Badinter

Damaris Neyra* y Rosalba Robles**



Hoy en día Kafka es, sin duda, uno de los escritores más controversiales de la literatura; sus obras han gozado de un éxito casi sin igual, es, además, reconocido como uno de los precursores del existencialismo. Pero, ¿a qué se debe el éxito de la obra de Kafka? Si su obra no es en particular numerosa, sí es en cambio, intensa y compleja. Nos revela de una manera sin igual nuestros seres interiores, aquellos por los cuales luchamos con desesperación por ocultar, aun de nosotros mismos, y que son también, los más vulnerados de entre todos.

Muchos han tratado de darle significado a su obra bajo diversas luces, diferentes metodologías y múltiples formas de pensar; yo, en lo personal, me inclino hacia la creencia de que no hay dobles significados ni acertijos para ser descifrados entre las líneas de la obra kafkiana, sino que, por el contrario, cada una de esas líneas describe de la manera más pura, sensible

y sencilla una forma interior de ser y de sentir expresadas a través de las metáforas propuestas por este autor.

La obra de Kafka y la masculinidad

Los personajes principales de las obras de Kafka suelen tener ciertas características, ciertos modos de ser, de pensar y de actuar; se ven atormentados por problemáticas similares o suelen sufrir las mismas consecuencias por aquellos asuntos que los atormentan. Confusión, desamparo, soledad, alienación e incompreensión, todas son parte esencial de sus personajes. Éstos se encuentran a su vez sumidos en un mundo o una situación extraña, bizarra, que por más que intenten, nunca logran comprender por completo; aunque, en cierta forma, han encontrado la manera de aceptar dicha realidad. Para acercarse al mundo kafkiano podemos entrecruzar algunos datos autobiográficos del escritor y en especial de la relación padre/hijo que



afectó toda la obra del famoso autor; como él mismo habría de expresar en su carta,¹ toda su obra literaria se vinculó, en cierta medida, con su padre; la relación se vio marcada por la inco-municación.

Para nuestra fortuna, Kafka nos legó una innumerable cantidad de escritos que revelan su vida propia, entre los que se encuentran co-rrespondencia con distintas personas, así como diarios que escribió y mantuvo a lo largo de su vida. Y aunque su intención nunca fue que estos escritos se publicaran, hoy, es gracias a aque-llos que le negaron sus últimos deseos, que contamos con una vasta referencia de lo que el pequeño Kafka fue durante su vida. Dentro de estos escritos resulta de particular importancia para nuestro ensayo, su famosa *Carta al padre*, en la que describe de manera detallada su sentir con respecto a la relación con su padre, pero muy en especial destaca la forma en que se veía a sí mismo ante la figura paterna.

Aún más interesante resulta el hecho de que en cierta medida toda la obra de Kafka, y en particular esta carta, en cierto sentido corresponde a una descripción de las implicaciones que con-lleva el hecho de ser un hombre prototipo bajo una institución familiar tradicional y patriarcal. Kafka y sus personajes son el clásico ejemplo del *hombre fallido*. Más aún, en Kafka hijo y Kafka padre encontramos aquellas representaciones de las cuales Badinter habla cuando trata de explicar las peculiaridades de la identidad mas-culina;² desde hombres duros hasta hombres blandos, casi *sissy*, así como la relación que de ambos surge. *Carta al padre* da inicio con una reflexión que hace el joven Franz sobre una pre-gunta que le realiza su padre acerca de la rela-ción fría, distante y casi inexistente entre ambos:

Querido padre,

Recientemente me preguntaste por qué sostengo que te temo. Como de costumbre, no fui capaz de pensar en ninguna respues-ta para tu pregunta, en parte por la misma razón por la que te temo y en parte porque una explicación sobre los cimientos de dicho miedo significaría adentrarme en muchos más detalles de los que alguna vez podría tener en mente mientras hablo. Y si ahora trato de darte una respuesta por escrito, aun así, estaría incompleta puesto que aun en escri-to, este miedo y sus consecuencias me obs-taculizan en relación a ti.³

En estas cortas líneas se resume la importancia y la grandeza, digna de ser temida, que la figura paterna representaba para el joven Kafka y que luego es detallada a lo largo de las páginas sub-secuentes de dicha carta.

El padre de Kafka, de acuerdo a la descrip-ción de su hijo, se presenta como un tirano, un *hombre duro*, incapaz de mostrar sus *verdaderos* sentimientos para con sus hijos y por supuesto ausente, en especial en el ámbito emocional. Sobre las relaciones padre/hijo la psicóloga Phyl-lis Chesler, que se ha interesado vivamente por esa relación fracasada, señala:

Al escucharles tuve la clara sensación de que muchos hombres habían tenido el mismo padre, *todos* los padres se fundían en un úni-co personaje, un arquetipo de padre: el fan-tasma extraño, medio tirano, medio déspota derribado y por eso digno de piedad. Un hombre poco hábil, que se siente incómodo y ajeno en su casa; el hombre crispado que domina mal sus emociones;⁴ esta frase expo-



ne y sintetiza la descripción que Kafka ofrece de su propio padre a lo largo y ancho de su carta.

Pero la dureza del padre, cierto, no es mera casualidad, responde a una serie de situaciones y circunstancias en la que este mismo padre estuvo inscrito durante su propia niñez. Respecto a esto, ambos, Badinter y Kafka, tienen claro que la rudeza natural del padre fue inscrita sobre ciertas particularidades que Kafka sería incapaz de reproducir. El padre perteneció en su infancia a una distinta clase social que quizá fue más dura para él, ya que era parte de una familia posiblemente más ortodoxa; pero, además, a un tiempo inseguro y frágil. Como consecuencia de su propia historia, Kafka padre se convirtió en el clásico hombre duro que debía luchar con ahínco para afirmar su masculinidad o, en caso de fallar, ser reducido a la nada, el equivalente a perder el estatus de hombre-masculinizado; mientras que, por su parte, Kafka hijo, no tuvo más remedio, en su perpetua fragilidad física y mental, que el poder contemplar al padre desde lejos y como aquel gigante que era a sus ojos. O, en otras palabras, que describen a los padres en general, pero que, en efecto, se aplican a Kafka padre en particular, "para el hijo el padre es como un Dios intransigente, inaccesible".⁵

Para Kafka hijo es claro todo lo que su propia condición de *debilidad* conlleva, no sólo para su vida, sino para la de su familia también. Para Badinter: "el sistema patriarcal ha parido un hombre mutilado, incapaz de conciliar X e Y, su herencia materna y paterna, respectivamente." (p. 151), en la que ese hombre mutilado deberá negar con frecuencia su parte de "X" y, por el contrario, ensalzar y resaltar su parte "Y". Pero, ¿qué pasa cuando el niño, contrario a los con-

senso sociales, niega su parte "Y", y, en cambio, se sostiene de su parte "X"?

La carta de Kafka refiere a las dos partes que se supone lo deberían componer como persona. Por un lado, menciona la parte Löwy (que es su apellido materno), y la describe con las cualidades propias de una mujer de la época, sometida a una institución familiar patriarcal (bajo la sumisión, la timidez, la opresión, etcétera) y con la cual se identifica a él mismo; mientras que por el otro lado, describe la parte Kafka, que dota de cualidades masculinas (como la de la fuerza, la valentía, la audacia, inteligencia, etcétera) y que a su propio parecer están fuera de su alcance.

De igual manera, Badinter resalta el hecho de que "la adquisición de una identidad (social o psicológica) es un proceso extremadamente complejo que comporta una relación positiva de inclusión y una relación negativa de exclusión. Nos definimos a partir de parecernos a unos y de ser distintos de otros" (p. 50). Si esta autora considera que resulta traumático el hecho de que el niño tenga que definirse negativamente y por oposición a la madre, ¿cuál podría ser el resultado esperado si, como en Kafka, el niño que hace la definición es un niño que se encuentra a sí mismo no-identificado con su igual (su padre), sino más bien identificado con su desigual (su madre)?

El trauma que el reconocimiento de dichas aseveraciones (al menos en su mente infantil) tuvo en el mismo Kafka, constituyó un sisma identitario; fue un evento que lo marcaría para toda su vida; para él, el padre sería siempre un gigante, mientras que él mismo, presa de sus inseguridades y temores, no podía ser nada en comparación; esto queda reflejado cuando



Kafka reclama:

Este miedo a ser nada que frecuentemente me domina [...] viene en gran parte de tu influencia. [...] después de todo, estaba agobiado por tu mera presencia física. Recuerdo, por ejemplo, como frecuentemente nos desvestíamos en el mismo cuarto de baño. Ahí estaba yo, flaco, débil, ligero; tú, fuerte, alto, fornido. Aun en ese cuarto me sentía como un espécimen miserable, y más aún, no sólo ante tus ojos, sino ante los ojos de todo el mundo, puesto que tú eras para mí, la medida de todas las cosas.⁶

Kafka se define a sí mismo, pues, como el hombre fallido, aquel que está destinado a fracasar, que nunca será lo suficiente masculino (ni en lo físico ni en lo emocional) ante quienes le rodean, pero en especial ante sí mismo; Kafka es aquel adulto que nunca consiguió romper por completo con los lazos que lo unían a su madre para convertirse en el hombre que su padre hubiese deseado; y por lo tanto, aquel que nunca fue digno de ser considerado un hombre en su *totalidad*, sino que siguió siendo un niño, un no-hombre.

Expresado de otra manera, Kafka es aquella persona que inminentemente fracasó en aprobar y pasar su rito de iniciación en la masculinidad. Según los hallazgos de Badinter sobre dichos ritos, las personas que han entrado en la transición de niño a adulto "han dejado de ser hijos de sus madres y tampoco lo son de sus padres [...] es un estado coyuntural y necesario de no identidad que supone que el hijo femenino de la madre tiene que morir previamente para que después pueda nacer el hijo masculino" (p. 95); sin embargo, en el caso de Kafka, éste quedó por siempre atrapado en esa coyuntura y pese a sus

intentos, nunca logró nacer como ese hijo masculino del cual pudiera un padre estar orgulloso.

De lo anterior, podríamos concluir que en cierta forma Kafka falló en demostrar y/o convencer adecuada y convencionalmente, a él y a su padre, de los tres preceptos que en apariencia validan la identidad masculina según las anotaciones de Badinter, esto es, no ser una niña, no ser un bebé y no ser un homosexual. Y aunque su veredicto no fue literal en un estricto sentido de los preceptos, tampoco logró negarlos de manera satisfactoria. Desde su fragilidad física y emocional hasta el hecho de que nunca lograra consolidar una vida matrimonial, dieron, tanto a Kafka padre como a Kafka hijo, los suficientes argumentos para establecer la invalidez de su masculinidad, o en el mejor de los casos, la fragilidad de la masculinidad del joven Franz.

Por otro lado, del mismo Kafka, podemos concluir que, al contrario que su padre (el hombre duro), Kafka (el hombre blando), "es un hombre desestructurado" que puede ser descubierto con facilidad en los personajes de toda su obra y que además resulta en una inminente fragilidad del ser de Kafka, y como ya lo había sugerido Badinter, "cuanto más frágil por dentro se siente un hombre, más intenta crearse un caparazón exterior que compense" (p.183), y que de igual forma sale a relucir en la obra del prodigioso autor.

*Estudiante de la UACJ.

**Docente-investigadora de la UACJ.

¹ Franz Kafka, *The Sons*. Schocken Books, Random House, 2000.

² Elisabeth Badinter, *XY. La identidad masculina*. Alianza Editorial, Madrid, 1993.

³ Kafka, *op. cit.*, p. 115.

⁴ Badinter, *op. cit.*, p. 180.

⁵ *Ibid.*, p. 113.

⁶ Kafka, *op. cit.*, p. 120.

Fecha de recepción: 2018-11-15

Fecha de aceptación: 2018-12-10